ARTÍCULOS

Utopía y Praxis Latinoamericana / Año 9. Nº 24 (Enero-Marzo, 2004) Pp. 79 - 91

Revista Internacional de Filosofía Iberoamericana y Teoría Social / ISSN 1315-5216
CESA – FCES – Universidad del Zulia. Maracaibo-Venezuela

El cuidado de sí en la lectura, a propósito de *Todos los Nombres* de José Saramago*

Care of the Self in Reading, as Related to *Todos los Nombres* by José Saramago

Gladys MADRID
Universidad Simón Rodríguez y Universidad Central de Venezuela.

RESUMEN

Podemos decir, que en este escrito se trata de mirar la lectura, en tanto y en cuanto ella supone, de alguna manera, ganar un horizonte, como mirada de sí mismo y desde sí mismo, en torno a una situación otra, acerca de un asunto otro. Este horizonte surge, por así decirlo, de la tensión entre el texto de ficción y el lector llevada a su máximo desarrollo en la dinámica de la alteridad. Por lo que esta tensión, también se presenta justamente por el intento de aplicación del texto a la situación que vive el lector, porque un texto es comprendido, cuando es comprendido, siempre en cada caso de manera distinta. Asimismo, dicha tensión tiene que ver con "la identidad del asunto compartido y (...) la situación cambiante en la que se trata de entenderlo". El presente trabajo trata justamente de algunas notas, esas notas que se van haciendo en los espacios en blanco de las páginas de *Todos los Nombres* de José Saramago como relato de ficción, y desde la palabra no dicha en lo leído, pero que la acción de leer hace resonar en uno.

Palabras clave: Lectura, cuidado de sí, relato, *Todos los Nombres* de José Saramago.

ABSTRACT

This paper attempts to look at reading and all that this implies, to somehow find a viewpoint, such as a look at oneself and through the eyes of oneself, regarding one situation or another, one matter or another. This view arises from tension between the text of fiction and the reader, carried to his or her maximum development in the dynamic of otherness. This tension is also present due to the attempt to apply the text to the situation the reader experiences, because a text is understood, when it is understood, always in a different way in each case. The tension also has to do with "the identity of the shared matter and (…) the changing situation in which one is trying to understand it". This work comes from some notes made in the empty spaces on pages of *Todos los Nombres (All the Names)* by José Saramago, seen as a fictitious story, and from words not expressed in the reading, which the act of reading causes to resonate in the reader.

Key words: Reading, care of self, narrative, *Todos los Nombres* by José Saramago.

* Este trabajo forma parte del Proyecto de Investigación nº 07.12.4778.2000 del CDCH de la Universidad Central de Venezuela.

Recibido: 15-10-2003 · Aceptado: 05-12-2003

> *Encima del marco de la puerta hay una chapa metálica larga y estrecha, revestida de esmalte. Sobre un fondo blanco, las letras negras dicen Conservaduría General del Registro Civil. El esmalte está agrietado y desportillado en algunos puntos. La puerta es antigua, la última capa de pintura marrón está descascarillada, las venas de la madera, a la vista, recuerdan una piel estriada. Hay cinco ventanas en la fachada. Apenas se cruza el umbral, se siente el olor del papel viejo*[1].

Así comienza *Todos los Nombres*, la novela de uno de los maestros de la Literatura de nuestro tiempo, José Saramago, premio Nóbel de Literatura 1998. El presente trabajo trata justamente de algunas notas iniciales, esas notas que se van haciendo en los espacios en blanco de la página de la novela o del relato de ficción y desde la palabra no dicha en lo leído, pero que la acción de leer hace resonar en uno.

Quisiera en estas líneas que tenemos para compartir, contarles acerca de mis propias impresiones y algunas reflexiones con respecto a la lectura de la misma, todas ellas alrededor de la idea de la lectura como una *experiencia* vital, es decir, como lo que nos mueve o transforma[2] de Larrosa, la noción de acción de Arendt, la concepción del *cuidado de sí*, a la cual pudiéramos agregar la del *cuidado del otro*, que tomamos de Foucault[3] y también alrededor del planteamiento de Gadamer[4] cuando señala que *el comprender es auto-comprendernos.*

1. EL CUIDADO DE SÍ COMO CUIDADO DE SÍ MISMO Y DEL OTRO

El cultivo o el cuidado de sí, tiene que ver con una inquietud, una permanente atención sobre lo que ocurre en uno y por uno, tiene que ver con el preguntarse, revisarse, a fin de corregirse o de tomarse más en serio. Tiene que ver con el comprenderse a sí mismo, pero yendo más allá.

Se trata de una serie de prácticas que apuntan hacia la vigilancia (¿podría decirse control?) y toma de decisiones para enmendar o retomar un camino. Lo cual tiene su grado de dificultad, toda vez que hemos dicho que la vida no tiene un camino preestablecido, entonces ¿cuándo saber si hemos errado el camino o no? Se sabe después, una vez que la acción se ha desplegado y *recogemos* las consecuencias buenas o malas, o quizás, porque hemos aceptado que en el juego de la vida, en ese dar y tomar la palabra de uno y del otro, al-

1 Saramago, J. *Todos los Nombres.* Madrid: Santillana, p. 11.

2 Concretamente nos referimos a la concepción de la lectura como experiencia de formación de Jorge Larrosa en: Larrosa, J. *La Experiencia de la Lectura. Estudios sobre Literatura y Formación.* Barcelona: Laertes, 1998.

3 Foucault, M. *Historia de la sexualidad 3. La inquietud de sí.* Madrid: Siglo XXI, 1998.

4 Gadamer, H.G. *Verdad y Método II.* Salamanca: Sígueme, 1998, p. 129.

gunos juegos de relación mueren y otros comienzan, sin saberse exactamente el por qué, es decir, se introduce el azar en el devenir.

A través del *cuidado de sí*, se comienza con un nuevo patrón de estudio de las relaciones entre los individuos y los juegos de verdad, una manera que no aparece signada por las prácticas coercitivas, sino por una práctica de auto-transformación del sujeto. Es decir, el de un ejercicio de uno sobre sí mismo, mediante el cual se pretende acceder a cierto modo de ser, a través de la transformación.

Se trata de rescatar el papel activo que juega el individuo en la conformación de sí mismo, antes que dejarle ese trabajo a las diferentes instituciones que a lo largo de la historia han establecido una serie de dispositivos de subjetivación, que se traducen en los distintos discursos a partir de los cuales nos re-conocemos y nos relacionamos. Por ejemplo, ¿quién ha determinado la *salud mental* sino el discurso venido de la psicología?

Lo peligroso de estos discursos reside en su capacidad de alineación del pensamiento haciendo uso del principio de autoridad. Por lo tanto, no ha de ponerse en duda el discurso, sino la persona. Por el contrario, la práctica del *cuidado de sí* reivindica el papel del individuo sobre su propia formación, convirtiéndolo en agente-paciente de su pequeña historia.

En un primer plano, más íntimo, el *cuidado de sí* se asemeja a un movimiento de *apertura* contrario al de *clausura*[5]. A través de la clausura se intenta salvaguardar al sujeto de la angustia que provoca la pérdida de las certidumbres imaginarias que conducen a dotar de significado al mundo. El sujeto busca re-afirmarse, en una sobrevaloración que pudiera conducir a una distorsión de la realidad. Cuando la realidad muestra una cosa contraria a lo que estamos dispuesto a aceptar, entonces deformamos la realidad o a nosotros mismos, en un intento de que pueda sobrevivir la *ilusión* de lo que somos. Hasta cierto punto, se trata de una defensa común de nuestra psique, la cual funciona con cierta eficacia. El problema reside en cuando, por una incapacidad transitoria o permanente del individuo, se es incapaz de justipreciar la información recibida y se construye una interpretación a todas luces errónea. Al no poder enfrentarse al diálogo con lo otro o el otro, el sujeto recurre al conocimiento previo sobre sí mismo, que como se ha dicho pudiera estar sobreestimado, en un intento de resolver el problema de una forma *económica, libre de riesgo*, del riesgo de poder convertirse en otro, siendo el mismo.

El movimiento de *apertura al mundo*, por el contrario, habla de una subjetividad fortalecida, que al igual que el bambú, es capaz de moverse con el viento, sin ser destruida en ese baile. Del diálogo con uno mismo se debe aprender a ser humilde, al escuchar nuestra fragilidad, y la incertidumbre con que se mueven nuestros pies, experimentándose el estupor de una vida que no responde a un proyecto dado sino que se construye en el devenir. La fortaleza no está fuera sino que se construye en la experiencia plena y poco estereotipada de la vida. En el diálogo con el otro, también se aprende a exponer lo que se es, a ponerse en

5 Castoriadis señala cómo el hombre en su necesidad de darle sentido al mundo mantiene un conflicto entre dos movimientos contrarios. Por un lado, habla de la *clausura identitaria*, donde el sujeto está encerrado en una identidad más o menos fija, que lo lleva a reproducir sus comportamientos, a desarrollar defensas frente a los otros, cuidando de que no hieran el narcisismo indispensable para su supervivencia. El otro movimiento sería el de la *apertura al mundo*, el cual entiende como el quiebre de esa compulsión de repetición, a partir del cual podría aflorar la apertura del sistema, en el sentido de generar nuevas representaciones simbólicas. Castoriadis, C. "Lógica, imaginación, reflexión". En: Roger Dorey y otros, *El inconsciente y la ciencia*, Buenos Aires: Amorrortu, 1991.

duda, y este movimiento ocasiona un dolor manejable sólo cuando se logra comprender que tal actitud deja el remanente del crecimiento personal.

La práctica del cuidado de sí es muy antigua, se remonta a la cultura griega y romana, en especial la cultura griega, para quienes el conducirse bien, implicaba el cuidar de sí. Para los griegos, el *éthos* era la manera de ser y de comportarse. Era un modo de ser del sujeto y una manera de proceder que resultaba visible para los demás. El *éthos*, entonces se reflejaba a través del vestir, del aspecto, de la forma de andar, del ritmo pausado o no con que se respondía a los sucesos, etc. Lo interesante era que para alcanzar este *éthos* o la práctica ética, hacía falta un trabajo de uno sobre sí mismo.

Esta manera de ser implicaba relaciones complejas con los otros a su vez. Por un lado, un hombre libre que se comportara como debía ser, tenía que saber gobernar a su mujer, sus hijos, su casa. De manera que el cuidado de sí hacía capaz de ocupar en la ciudad, en la comunidad, el justo papel de gobernante. Además, el cuidado de sí, implicaba otro tipo de relación con el otro, en la medida en que para cuidar de sí, había que escuchar las lecciones de un maestro. Se necesitaba de un guía, un consejero, un amigo, alguien que nos dijera la verdad.

Foucault se refiere al cuidado de sí de la siguiente manera:

> El objetivo final de todas las prácticas de uno mismo pertenece también a una ética del dominio(...) Si convertirse a uno mismo es apartarse de las preocupaciones de lo exterior, de las inquietudes de la ambición, del temor ante el porvenir, puede uno entonces volverse hacia su propio pasado, hacer de él la recolecta, desplegarlo a capricho ante los propios ojos y tener con él una relación que nada vendrá a perturbar[6].

Uno se posee a sí mismo, en la medida en que se hace consciente del *dominio* de esa voluntad que le lleva a revisarse, a *domesticarse*. El *cuidado de sí* es relacionado por Foucault con las *técnicas de sí*. Con ello se refiere a una serie de procedimientos "que permiten a los individuos efectuar, solos o con la ayuda de otros, algunas operaciones sobre su cuerpo y su alma, sus pensamientos, sus conductas y su modo de ser, así como transformarse, a fin de alcanzar cierto estado de felicidad, de fuerza, de sabiduría, de perfección o de inmortalidad"[7]. A través de la tarea del cuidado de sí el ser humano tiene la oportunidad de *re-elaborarse*, accediendo a un cierto modo de ser. Se trata de una práctica de la libertad en el sentido de que es cada quien el que puede determinar ese modo de ser.

Llegados a este punto nos preguntamos si este *cuidado de sí* podría llevar al *cuidado del otro*. Notamos que en un principio el cuidado de sí hace referencia al cuidado del otro de una manera indirecta. Es decir, aquel que cuida de sí mismo aprende a no abusar del otro, conociendo como conoce sus deberes y derechos, quien se ocupa de sí mantendrá con los demás la relación debida. Sin embargo, Foucault nos hace saber que "alrededor del cuidado de uno mismo se ha desarrollado toda una actividad de palabra y de escritura donde se enlazan el trabajo de uno sobre sí mismo y la comunicación con el prójimo. Tocamos aquí uno

6 Foucault, M. *Historia de la sexualidad 3. La inquietud de sí*, Madrid: Siglo XXI, 1998, p. 65.

7 Foucault, M. "Las técnicas de sí". En: *Estética, Ética y Hermenéutica*, Barcelona: Paidós, 1999, p. 445.

de los puntos más importantes de esta actividad consagrada a uno mismo: constituye, no un ejercicio de la soledad, sino una verdadera práctica social."[8]

El autor hace referencia a una serie de formas más o menos institucionalizadas de organización social que se fueron conformando alrededor de la tarea del cuidado de sí, tales como las comunidades neopitagóricas, algunos grupos epicúreos, o incluso la práctica de los consultantes privados que servían a familias aristocráticas romanas. Las funciones giraban alrededor de las de profesor, guía, consejero, confidente personal, y no eran necesariamente siempre realizadas por personas dotadas natural o profesionalmente de una competencia especial, sino que se extendía a personas con las cuales existía ya una relación de parentesco, por ejemplo, la carta de un hijo solícito dirigiéndose a una madre compungida.

Además, es prudente señalar que el tiempo que se dedicaba al cuidado de uno mismo no estaba vacío, desde un principio estaba lleno de ejercicios físicos, de ejercicios espirituales donde se descubría el alma y se sometía a corrección, y también, se trataba de un tiempo que se dedicaba a la conversación, a la lectura y a la escritura, como fuentes de inspiración, de reflexión y de relación con los demás. En el apartado que sigue exploraremos el papel de la lectura en el cuidado de sí, a partir de mis impresiones como lectora de la novela *Todos los Nombres.*

2. LA LECTURA COMO DISPOSITIVO PARA EL CUIDADO DE SÍ, LA METAMORFOSIS DEL LECTOR

Adentrémonos ahora en el ejercicio de la lectura que estamos haciendo. Se trata de mirar la lectura en tanto y en cuanto ella supone, de alguna manera ganar un horizonte, como mirada de sí mismo y desde sí mismo, en torno a una situación otra, acerca de un asunto otro. Este horizonte surge, por así decirlo, de la tensión entre el texto de ficción y el lector (que soy yo, o que somos todos) llevada a su máximo desarrollo en la dinámica de la alteridad. Gadamer lo señala magistralmente "El que quiere comprender un texto tiene que estar en principio dispuesto a dejarse decir algo por él. Una conciencia formada hermenéuticamente tiene que mostrarse receptiva desde el principio para la alteridad del texto"[9]. Y esa alteridad es la que nos *mueve* o *conmueve* y con ello nos vemos transformados. En esta relación de alteridad con el texto, como relación de *ida* hacia él, para *encontrarnos* con el texto, para *escuchar* lo que tiene a bien decirnos, se da un regresa al *nosotros,* en un movimiento *reflexivo,* para decir algo sobre nosotros mismos y sobre los demás.

Al igual que don José, quien a través del pretexto de la búsqueda de una persona, se consigue a sí mismo; cada vez que leemos, cuando lo hacemos de verdad, escuchando lo que el texto tiene que decirnos, cuando la lectura va de verdad, entonces algo nos pasa, nos transforma, nos auto-comprendemos. Tal y como señala Gadamer "Comprender es siempre en el fondo comprenderse a sí mismo, mas no al modo de una autoposesión previa o ya alcanzada"[10] Una *lectura de* verdad es aquella producto de la actitud que asumimos de *dejarnos conmover,* permitiéndonos tomar posición frente a ella, y de esta manera, al dejar

8 Foucault, M. *Historia de la sexualidad...* Ed. cit., p. 51.

9 Gadamer, H. G. *Verdad y Método I,* Salamanca: Sígueme, 1998, p. 335.

10 *Ibid.,* p. 129.

que nos *toque,* no sólo permite el conocimiento del otro o de lo otro sobre lo que nos habla, sino que, lo que es igualmente importante, arroja un cierto conocimiento sobre nosotros mismos.

Cuando comprendemos la historia de don José, no estamos muy lejos de comprender nuestra propia historia, la historia de un *yo* que busca ser *otro.* La historia de un *yo* que se manifiesta en toda su fragilidad, pero también en toda su esperanza de un por-venir. Gadamer señala que "la existencia no consiste en el intento siempre posterior de, adquiriendo conciencia de sí mismo, mostrarse ante uno mismo. Se trata más bien de un darse, y no sólo a las propias representaciones, sino sobre todo a la no-determinación del futuro"[11].

Don José experimenta en carne propia el riesgo del *juego del irse dando*[12], se asombra de su audacia, embarcado como se halla en la aventura de una búsqueda incierta: busca el rostro de una mujer que no conoce pero que presiente, y va haciendo imágenes posibles de esa mujer que llega a amar, en la reconstrucción de su historia particular. Ficción y realidad se unen en su relato, porque la comprensión del otro tiene formato narrativo y en cualquier re-construcción, realidad y ficción se ven mezclados. La reconstrucción de la historia de ese otro ser que aprende a querer, es el motivo de la propia búsqueda de sí.

En la re-construcción de *la mujer desconocida* don José asume la *poiesis* y la *aisthesis*, como momentos de la experiencia estética, es decir, de su propia acción como narrador de una historia que quiere ser contada. La *poiesis* corresponde al momento de la creación de una corporeidad, de un alter-ego, y también corresponde a la construcción/re-construcción de la *mismidad.* La *aisthesis*, por el contrario representa el momento pasivo, de la recepción, donde el otro surge, aparece ante mí. "En la *aisthesis* el otro me arrastra, me conduce a su intimidad, me seduce; ha dejado de ser un extraño para convertirse en cómplice. En la *poiesis* construyo al otro; en la *aisthesis* su rostro estalla, se resiste a mis poderes y se me aparece con toda su fuerza y subjetividad."[13]

En el acto de buscar a *la mujer desconocida* se despliega la conciencia de la fragilidad de su vida sin sentido, de su soledad, y comienza el disfrute de la posibilidad de un nuevo inicio alrededor de los movimientos de la *poiesis* y la *aisthesis.* Construir en el reconocimiento, reconocer, como re-construcción del otro y de mí. Re-construcción como el despliegue de la novedad, de la sorpresa, del ejercicio de la libertad como de lo no previsto, en otras palabras, el acontecimiento de la *natalidad.* ¿Es que acaso en la re-construcción de una vida, en el juego en el que se embarca nuestro querido Don José, no se juega a *parir*?

Cuando don José *re-construye* la vida de *esa mujer desconocida* va descubriendo poco a poco el sentido de la suya. Nunca antes se había atrevido a tanto, nunca antes se había experimentado tanto a sí mismo como ahora. Así como la *lectura* que hace don José de la vida de *la mujer desconocida*, le permite auto-comprenderse, es innegable el reconocer que también don José se halla enfrascado en el proceso *del cuidado de sí.* La experiencia de

11 Gadamer, H. G. *El Giro Hermenéutico,* Madrid: Cátedra, 1998, p.18.

12 Al igual que la lectura, la vida misma pudiera entenderse como un juego que no acaba en *lo esperado,* ya que la vida consiste en un *ir dándose,* "La mismidad que somos no se posee a sí misma. Cabe afirmar que la mismidad se hace" Gadamer, H.G. *Ibid*., 1998, p. 129.

13 Mèlich, J. C. *Del extraño al cómplice. La educación en la vida cotidiana.* Barcelona: Anthropos, 1997, p. 165.

la lectura de una vida que quiere ser *narrada* y que don José asume como un ejercicio del cuidado de sí y del otro, le permite reconciliarse consigo mismo.

Don José se transforma en otro siendo el mismo, quedando como testigo de ese cambio el Señor Conservador General, el jefe máximo, quien desde lejos sigue con interés el desarrollo de los acontecimientos. Un espectador que también se ve transformado porque hace su propia lectura de estas historias que se entrecruzan, porque al interesarse en don José se abre a lo que esa vida puede decirle del *otro* y *de sí mismo*. De hecho, su condición de *espectador* pasa a la de *actor* en momentos importantes, cuidando de don José, de su cuerpo, de su trabajo (el otro, aquel que es supuestamente secreto) como alguien que presencia una de estas obras modernas, en la que en ocasiones se invita al público a participar.

El Señor Conservador General asume que algo importante está pasando *con* don José, y se las arregla para –en secreto– ayudar a que *ese algo* suceda. No puede evitar el involucrarse ante el acontecimiento de la *natalidad.* Y es que ante sus ojos se ha operado un cambio radical: la metamorfosis de un don José que siendo otro es el mismo, y además, que estrena nuevo papel, el de hacedor de una vida que se encuentra perdida, la de la *mujer desconocida*. El Señor Conservador General, cansado de los papeles que le toca resguardar, encuentra fascinante una nueva lectura, la del texto de una vida común, que como la de don José, también guarda sus sorpresas.

Encuentro que cuando se lee *de veras*, cuando la lectura se aborda desde una perspectiva de formación, es decir, *esperando* que algo pueda *pasarnos*, la lectura pasa a ser un ejercicio del *cuidado de sí*. La lectura como experiencia de formación[14] remite a un ejercicio o práctica para la intensificación de la relación consigo mismo y con el otro, lo mismo que se ha dicho es la intención de las prácticas del cuidado de sí. Tal y como lo interpretamos, la lectura de un texto *como experiencia de formación*, es equivalente a una actitud de *darnos permiso* para que la lectura nos invada, nos toque, nos remueva y ponga en duda lo que somos y sentimos.

Concebir la relación entre el texto y una subjetividad que se apresta a escucharle con la intención *de que algo nos pase*, supone conceptuarla en términos de una experiencia, es decir, como aquello que nos pasa, y al hacer esto consciente, nos transforma o nos forma. Lo de hacerlo consciente es por aquello que en páginas anteriores denominábamos técnicas de sí, y que en este caso, equivalemos a un ejercicio de introspección reflexiva, que lleva al individuo a *darse cuenta* de lo que le acontece. Una experiencia, en este sentido, se refiere entonces a la conciencia de haber vivido una situación subjetiva de transformación, y se dice subjetiva, porque cada experiencia es particular, íntima.

Sin embargo, somos sensibles a las experiencias de los demás, y será por eso que nos fascinan los relatos, nuestras vidas están llenas de otras vidas que conocemos a partir de las narraciones. Gracias a que las experiencias se cuentan, los seres humanos vivimos con la ilusión de experimentar diversos tiempos. Nuestra memoria se resiste a la linealidad, se mueve en espiral, aletea cuando se le permite, juega con nosotros y no se parece en nada al

14 Larrosa propone el ver la lectura como "una actividad que tiene que ver con la subjetividad del lector, no solo con lo que él sabe sino con lo que es. La lectura como algo que nos forma (nos de-forma o nos transforma), como algo que nos constituye o nos pone en cuestión en aquello que somos". Larrosa, J. *La experiencia de la lectura. Estudios sobre literatura y formación.* Barcelona: Laertes, 1996, p. 16.

cajón donde arrojamos los despojos de viejos objetos. Memoria e imaginación, ficción y relato, confabulados, son en buena parte responsables de muchos de nuestros mejores momentos.

3. TIEMPO HISTÓRICO, ACCIÓN Y RELATO

Comencemos con el ejercicio de ponernos de acuerdo sobre lo que pudiéramos entender como el concepto de una novela:

> Una historia de ficción, más o menos extensa, que un narrador le cuenta a un lector, intentando convencerle de su verosimilitud o situándola, al menos, en la duda respecto de su veracidad, con el fin de recrear analógicamente un espacio, un momento y un conflicto de la historia del mundo, de la historia de un personaje determinado o de su propia historia[15].

Una novela es una historia que pretende ser siempre una historia del mundo y del hombre. En el caso de la novela que nos ocupa *Todos los Nombres*, su protagonista, don José, se ve embarcado en la aventura de darle sentido a la anomia de su vida. Don José, un funcionario, un simple escribiente, un hombre común, busca escapar a la rutina del diario vivir y del trabajar sin alcanzar la trascendencia, siendo un ser anónimo, atrapado entre su soledad y la indiferencia de los muchos *otros* que buscan sobrevivir sin comprometerse con el otro, sin que les pase nada, para que nadie los toque, aplicando la economía del mercado a la propia vida: máxima ganancia con el mínimo esfuerzo, sin asumir riesgos, evitando exponerte al rostro del otro que te increpa y que también tiene sus propios temores.

> Además del nombre propio de José, don José también tiene apellidos, de los más corrientes, sin extravagancias onomásticas, uno por parte de padre, otro por parte de madre, según la norma, legítimamente transmitidos, como podríamos comprobar en el registro de nacimiento existente en la Conservaduría si la sustancia del caso justificase el interés y si el resultado de la averiguación compensara el trabajo de confirmar lo que ya se sabe. Sin embargo, por algún motivo desconocido, si es que simplemente no se desprende de la insignificancia del personaje, cuando a don José se le pregunta cómo se llama, o cuando las circunstancias le exigen que se presente, Soy Fulano de Tal, nunca le sirve de nada pronunciar el nombre completo, dado que los interlocutores sólo retienen en la memoria la primera palabra, José…[16].

Don José transcurre su vida olvidado por todos y no reconocido por nadie, se trata de un cincuentón que no genera ni molestias ni agrados, hasta su fisonomía lo hace un *hombre común.* Saramago logra la construcción de un personaje destinado –a simple vista– a pasar inadvertido, a ser una sombra entre los hombres, para no inquietar y ser inquietado. Veamos otro párrafo de la novela donde refiriéndose a los *tonos emocionales* que logra suscitar cualquier nombre, se muestra cómo para don José, la mayoría de estos sentimientos le son vedados:

15 Del Prado Biezma, J. *Análisis e interpretación de la novela.* Madrid: Síntesis, 1999, p. 29.

16 Saramago, J. *Todos los Nombres.* Ed. cit., p, 19.

> Con las dos sílabas de José y la del don, cuando éste precede al nombre, sucede más o menos lo mismo. En ellas siempre será posible distinguir, cuando alguien se dirige al nombrado, en la Conservaduría y fuera de ella, un tono de desdén, o de ironía, o de irritación, o de condescendencia. Los restantes tonos, los de humildad y de lisonja, embaucadores y melodiosos, ésos nunca sonarán a los oídos del escribiente don José, ésos no tienen entrada en la escala cromática de los sentimientos que le son manifestados habitualmente…[17].

Pareciera que para don José la única certeza posible es su soledad. Y para los que le miran *sin verle*, la indiferencia. No porque sea malo, ni siquiera porque resulte desagradable, ¿qué tiene ese mundo que todo convierte en gris, en desánimo, en marchito, en un sinsentido? ¿Acaso habrá esperanza para él, de que alguien *lo note,* de que entre tanto papel que habla de tantas vidas y tantas muertes, alguien se tome el trabajo de *verle?* ¿Quién responderá a su *¡heme aquí!,* tan frágil, a ese grito silencioso tan desgarrador? Las primeras páginas de la novela ya comienzan a reclamar-nos, ¿somos nosotros quienes hemos hecho posible este mundo de lo absurdo? La vida de estos individuos va pasando *sin pena ni gloria*, mientras reciben papeles, sellan papeles, archivan papeles, trasladan papeles, copian papeles, sepultan papeles. El ambiente de extrema seriedad de la *Conservaduría General del Registro Civil*, con su silencio forzado, contribuye a imaginárnosla como un vivero abandonado. Hay vida, pero ni siquiera las plantas la disfrutan.

Don José inventa algunas tretas para escapar del aburrimiento, como la de coleccionar noticias de ciertas personas famosas, armando poco a poco sus relatos de vida, hasta que por simple azar, dentro de las fichas del Registro Civil que toma prestadas para apoyar su afición, encuentra una especial, la de una mujer anónima.

> La ficha es de una mujer de treinta y seis años, nacida en aquella misma ciudad, y en ella constan dos asentamientos, uno de matrimonio, otro de divorcio. Como esta ficha hay con certeza centenas en el fichero, sino millares, por tanto no se comprende por qué estará don José mirándola con una expresión tan extraña, que a primera vista parece atenta, pero que es también vaga e inquieta (…) Don José mira y vuelve a mirar lo que se halla escrito en la ficha (…), la fecha y la hora del nacimiento, la calle, el número y el piso donde ella vio la primera luz y sintió el primer dolor, un principio como el de todas las personas, las grandes y pequeñas diferencias vienen después, algunos de los que nacen entran en las enciclopedias, en las historias, en las biografías, en los catálogos, en los manuales, en las colecciones de recortes, los otros, mal comparando, son como una nube que pasó sin dejar señal de su paso, si llovió no llegó para mojar la tierra. *Como yo, pensó don José*…[18].

Es evidente entonces que lo de especial surge no por el encuentro azaroso de la ficha, sino por la pregunta que a continuación se hace, la de *¿quién eres tú*?. Se trata de una pregunta ancestral, que regresa siempre al presente para inquirirte. ¿Quién hace la pregunta?

17 *Ibidem*, p. 20.

18 *Ibidem*, pp. 43-45 (las cursivas son nuestras).

La voz de quien ya no puede hablar, o la voz de quien nunca fue oído. Las voces de las historias que no han sido contadas. También la propia voz que ha sido silenciada.

Esta pregunta le moviliza, le impulsa a actuar y don José, emprende una tarea: quiere *conocer*, quiere realmente acercarse a una de esas sopotocientas historias que reposan en esos gigantescos anaqueles de la Conservaduría General del Registro Civil, para rescatarla del anonimato, para que tenga sentido para él, para reconocerla en toda su individualidad, para no sentirse tan solo, para reconociendo al otro, poder encontrarse él. Tal es la tragedia de los hombres: el de vivir en relación y depender de ésta para ser diferente. En esa mujer desconocida –en esa *que es como yo*– creerá don José que es posible hallar las respuestas.

Se lanza entonces don José a la búsqueda de la *mujer desconocida*, se embarca pues en la *acción* de *volver a empezar*. Porque ¿qué otra cosa puede anhelar don José sino la posibilidad de materializar un deseo oculto, uno que ni siquiera se atreve a mencionar? El deseo de amar y ser amado. Por eso nos atrevemos a decir que la responsabilidad a la que se enfrenta don José no nace de las exigencias de ningún ideal de perfección, ni siquiera de las de borrar algún pecado cometido, la responsabilidad de don José brota del puro amor por el mundo. Tenemos como humanos la responsabilidad de procurar algo en vez de nada. La necesidad de *comenzar* de nuevo.

> La tarea y potencial grandeza de los mortales radica en su habilidad en producir cosas –trabajo, actos y palabras– que merezcan ser, y al menos en cierto grado lo sean, imperecederos con el fin de que, a través de dichas cosas, los mortales encuentren su lugar en un cosmos donde todo es inmortal a excepción de ellos mismos. Por su capacidad en realizar actos inmortales, por su habilidad en dejar huellas imborrables, los hombres, a pesar de su mortalidad individual, alcanzan su propia inmortalidad y demuestran ser de naturaleza ‹divina›[19].

Don José busca su lugar. Y lo hace a través de una promesa. La promesa de *encontrar-la*. A través de *esa* promesa don José consigue la suficiente determinación como para avanzar en el tenebroso mundo de la indeterminación. Por eso siente que no es *él mismo* quien se *decide* a buscarla. En la novela hay un interesante párrafo donde a través de un diálogo con un extraño interlocutor (¿él mismo?), don José vivencia una especie de extrañamiento de sí mismo, concluyendo que la decisión de buscar a la *mujer desconocida* aparece. No es que él la tome sino que *aparece*, se le impone. Don José es *tomado* por la decisión. Esa decisión le salva de seguir errante, sin dirección, en la oscuridad, atrapado en la nada. Esa decisión le conduce a *ella*, mientras se encuentra consigo mismo. Dice Arendt "Lejos de todo sentimentalismo y de toda rutina, sólo el corazón humano puede asumir la carga que el don divino de la acción –al ser un comienzo, y, por ello, capaz de iniciar– ha colocado sobre nosotros (…) sólo un corazón comprensivo nos hace soportable el vivir en un mundo en común, con otros que siempre son extraños, y nos hace asimismo soportables para ellos"[20].

19 Arendt, H. *La Condición Humana*. Barcelona: Paidós, 1998, p. 31.

20 Arendt, H. *De la Historia a la acción*. Barcelona: Paidós, 1999, p. 45.

La comprensión, tal y como la entiende Arendt, tiene mucho que ver con la imaginación como facultad creadora, "ni la pura reflexión, ni el simple sentimiento"[21] por sí solos nos permiten lidiar con este mundo. Esta comprensión está relacionada con esa idea de que es posible la *radical novedad*, de que el hombre puede de manera original, creativa, hacer una diferencia con lo que ya se sabe, con lo dicho. Y el corazón de don José es comprensivo, porque quiere darle una oportunidad a esa voz silenciada de la *mujer desconocida*. Su comprensión le permite aceptarla, *responder* de ella, *re*-crearla, con la promesa de que en su *yo* pueda encontrarse *él*. La presiente *igual* pero *diferente* a él.

La novela transcurre entre dos grandes tiempos psicológicos del protagonista: uno, el tiempo lento, anónimo, como el de los papeles nuevos que se convierten en viejos con el transcurrir del tiempo, y que llegan a oler a viejos sin que nada (pareciera) hubiera pasado. El otro, el tiempo de aventuras, aquel donde José se convierte en otro *siendo el mismo, o mejor, en un mismo, siendo otro*. En esos momentos don José se *siente vivo*, le pasa que experimenta de otra manera la lluvia sobre su cuerpo, o el sol del día sobre su cara. Don José vuelve a nacer, o re-nacer, vuelve a encontrarse, a re-conocerse. En todo caso, *es el mismo – siempre otro*, en la aventura del dejarse llevar, porque el ser, al igual que la lectura, es siempre indeterminación.

4. A MANERA DE CIERRE: LA LECTURA DE TODOS LOS NOMBRES, *UN EJERCICIO MIMÉTICO Y DE CUIDADO DE SÍ*

Esta aventura no ha terminado. Algo así es lo que puedo decir que me pasa con la experiencia de esta, mi lectura. Cuando concluí la lectura de la novela *Todos los Nombres*, recordé el final de algunas películas de aventuras, de aquellas para adolescentes, que en vez de poner "fin", nos preparaba para la siguiente con un prometedor "esta aventura continuará". ¿Cuántas nuevas historias *perseguirá* don José, o quizás, ahora sí resuelva comenzar la suya propia? Debo confesar que esperaba otro final. Me llegó a simpatizar ese hombre menudo, con aire melancólico o de cierto despiste, que vagaba por el día y *vivía* por las noches y que como Caballero o Príncipe Azul, se embarcaba en la aventura de la búsqueda de su amada, la *mujer desconocida*. La dulce princesa, que abandonada a su suerte, luchaba por su felicidad en un mundo inhumano y gris.

Cuando le conocí (a don José) no tenía a nadie, ahora, don José se ha ganado *con su acción* algunos corazones: el del Jefe o el gran Señor Conservador, el mío y el suyo propio, que sin duda es el más importante. Estoy segura, que a pesar de la pena por la muerte de la *mujer desconocida*, don José se sabe más dueño de sí.

Cuando don José se propuso *actuar*, no estaba muy seguro de lo que debía hacer, le animaba un objetivo que termina apoderándose de él. ¿Podríamos acaso llamar *cuidado de sí* a esta violenta explosión de energía y voluntad, que amenaza la integridad física de don José? Porque ¿cómo no tildar de amenaza esa poderosa *sinrazón* que incita a don José a subirse a los techos, irrumpiendo ilegalmente en las instituciones, a riesgo de caer y morir? Resulta que el *cuidado de sí* tiene que ver con lo que inquieta el *alma* y por ende al cuerpo. El *cuidado de sí* se convierte en un *cuidado del otro* cuando se responde al *¿quién eres?* Resulta que *yo* también soy otro, un *tú*. La responsabilidad del *cuidado de sí* no sería completa

21 *Ibidem*, p. 45.

sin el cuidado del otro, del tú que me increpa con su presencia, incluso con su ausencia, con la voz que ha sido silenciada por nuestra indiferencia. Cuando don José inicia su búsqueda, comienza también su peregrinación –a veces un tanto confusa– hacia su yo. Buscando a *otro* se consigue a *sí* mismo. En la lectura de las aventuras de don José, no puedo evitar el recordar algunas mías. Algunas aparentemente infortunadas, y digo aparentes, porque nunca podremos estar completamente seguros de sus consecuencias. Al igual que don José, quién en su búsqueda incierta tropieza con la vida del Señor Conservador General, de la señora del entresuelo, y que son tocados por el encuentro, asimismo, a lo largo de nuestras vidas, *tocamos* a otros, y cambiamos sus vidas.

Pero volvamos a don José, *quisiera* creer que la próxima vez conseguirá la dicha que le ha sido negada y luego me retracto, porque finalmente comprendo que somos responsables de buena parte de nuestro propio mal. "Si tan sólo hubiera actuado antes", me digo, y de esa manera puedo cambiar el final de esta historia, "si no se hubiera enfermado", "si hubiera tenido mayor determinación", me sigo diciendo. Entonces hubiera pasado que se trataría de otra historia u otra película de aventuras. Y en la vida, al igual que en esta novela que tanto me gustara, no existe la posibilidad de la predecibilidad. Arendt confiesa que "Quienquiera que empieza a actuar sabe que ha empezado algo cuyo fin nunca puede predecir, aunque sólo sea porque su propia acción ya ha cambiado todo y lo ha convertido en más impredecible"[22].

Debo confesar que me gustan las moralejas. Será por una costumbre de niña, que siempre me pregunto acerca de lo que he aprendido de algunas historias, por supuesto que no de todas. De algunas, sobretodo de las aventuras *que me pasan a mí*, resuelvo –como todo el mundo– dejarlas *en remojo* por un tiempo antes de darle significado. No vaya a ser que *tanta significatividad* termine por abrumarme y pueda perderme en tierras tenebrosas. En todo caso, encuentro fascinante la experiencia de *mimesis* que te da la lectura cuando va de verdad. "Mimesis es una representación en la cual sólo está a la vista el qué, el contenido de lo representado, lo que se tiene ante sí y se ‹conoce›"[23]. Gadamer abunda exactamente sobre lo que quisiera decir y que yo no podría hacerlo tan magistralmente:

> La relación mímica originaria no es un imitar que copie, en el que uno se esfuerce por acercarse todo lo posible a una imagen originaria; antes bien, es un mostrar. Mostrar no significa enseñar algo como un comprobante con el que se prueba lo que de otro modo ya no es accesible. Mostrar no quiere decir, en absoluto, referirse a una relación entre el que señala y lo señalado como tal. Desde sí mismo, el mostrar apunta hacia otra cosa. Resulta imposible mostrarle nada a quien mira hacia lo que se muestra, como un perro que mirase hacia la mano extendida. Antes bien, el mostrar es con la intención de que aquél al que se le muestra algo mire él mismo correctamente. Es en este sentido en el que imitar es mostrar. Pues en la imitación se hace siempre visible algo más que lo que la llamada realidad ofrece. Lo mostrado es, por así decirlo, leído y extraído de la aglomeración de lo múltiple. Sólo lo mostrado, y no todo lo demás, quiere decir el mostrar. En tanto que aquello que se ha querido decir, es tenido a la vista y elevado así a una especie de ideali-

22 Arendt, H. *De la Historia a la acción*. Ed. cit., p. 68.

23 Gadamer, H. G. *Estética y hermenéutica*. Madrid: Tecnos, 1998, p. 126.

> dad. Ha dejado de ser esto o aquello visible, es como algo mostrado y designado. Siempre que uno ve lo que otro le muestra, tiene lugar un acto de identificación y, con ello, de *re*-conocimiento[24].

Pienso en ello cuando hablo de moraleja, en esa acción del *mostrar* que realiza el texto sobre mí. Y en esa acción de *re*-conocer que realizo yo, impulsada por el texto, sobre mí. Al contrario de lo que pueda pensarse, entonces la moraleja es personal, depende de lo que pueda yo reconocer, y no de una ley lingüística, exactamente igual para todos los lectores. Además, lo verdaderamente importante es que esta experiencia de mimesis obra en mí como un ejercicio del *cuidado de sí-de mí*. Esta capacidad de *re-conocer*, diría que de *resonar* en mí, que hace posible el texto, me sumerge en un movimiento reflexivo, es decir, de *vuelta* a mí.

> Reconocer algo como ‹algo› significa, sin duda, volver a conocerlo, *re*-conocerlo; pero *re*-conocer no es un mero conocer después de haber conocido por primera vez. Es algo cualitativamente diferente. Allí donde algo es *re*-conocido, se ha liberado de la singularidad y la casualidad de las circunstancias en las que fue encontrado. No es aquello de entonces, ni es esto de ahora, sino lo mismo e idéntico[25].

Ante la lectura de esta novela me he sentido reclamada, por los eternos ¿quién eres? y ¿quién soy? He enmudecido cuando he visto la *nada* tan de cerca, cuando he sentido el aliento de la muerte y del sinsentido al voltear la página, cuando los fantasmas del olvido, de la indiferencia, del desamor quisieron hacer presa de mí. Olí la sangre de don José cuando se rompió sus rodillas, percibí todo el sentimiento de soledad y abandono que sentía cuando su cuerpo enfermó, los escalofríos de su fiebre se confundieron con los recuerdos de los míos.

Me sorprendió su seguridad cuando, por esas cosas del destino, logra divisar en una parada de bus a la *mujer desconocida*, y *la reconoce*. Él determina, sin lugar a dudas que se trata de *ella.* Más que presentimiento, se trata del *rostro* que se hace visible, que se le impone, como antes se le impusiera la decisión de buscarla. Ese *rostro* con toda su fragilidad, su vulnerabilidad, su tristeza. Don José, como un corazón comprensivo, asume la responsabilidad de responder por ese otro que le hace el llamado de su presencia ignorada. Pero lo peor de todo es que no sé lo que pasará con don José. ¿Dónde estará don José ahora? ¿Podrá ser feliz? ¿A quién buscará ahora que la *mujer desconocida* se ha ido para siempre? Son muchas las interrogantes que nos deja el relato. Igual que a don José, también a mí me anima la necesidad de actuar por un mundo diferente, y también, ¿por qué no confesarlo? Me asusta la indeterminación.

24 *Ibidem*, pp. 134-135.

25 *Ibidem*, p. 127.